

Esbozo de dificultad. Sobre derechas y democracia.

Leonardo Eiff
Ungs-Conicet

Para Rocco (e i suoi fratelli)

*“Había que decirles que estaban equivocados en su manera de tener razón”
Oscar Masotta, “Sur o el antiperonismo colonialista”*

Resumen:

El artículo propone abordar las aristas de un debate en ciernes entre perspectivas teóricas contrastantes, que, lamentablemente, debido a una fatigosa especialización, no admiten demasiados cruces. La conceptualización del Gobierno que asumió en Argentina el poder del Estado a fines de 2015 en torno a su emplazamiento en el espacio ideológico y su arraigo democrático disparó una serie de controversias que vamos a condensar en la relación entre las nociones de “derecha” y “democracia”. Así, el artículo procura cruzar algunas intervenciones que se recuestan en la teoría política, la filosofía, la ciencia política y la sociología política. Sin pretensiones de exhaustividad, proponemos un mapeo de razones y una intelección del rasgo humeante de la cuestión. En fin, es un ensayo sobre los modos de discutir al filo de la indeterminación.

Palabras clave: democracia, derecha, ciencia, teoría.

Abstract:

The article proposes to approach the edges of a debate in the making between contrasting theoretical perspectives, which, unfortunately, due to a fatigued specialization, do not admit too many crossings. The conceptualization of the Government that assumed the power of the State in Argentina at the end of 2015 around its location in the ideological space and its democratic roots triggered a series of controversies that we are

going to condense in the relationship between the notions of “right” and “democracy”. Thus, the article attempts to cross some interventions that lie in political theory, philosophy, political science and political sociology. Without claims of completeness, we propose a mapping of reasons and an understanding of the smoking feature of the issue. In short, it is an essay on the ways of discussing on the edge of indeterminacy.

Key Words: democracy, science, theory, right.

1. Ideas fuera de lugar (en torno a la novedad)

No es un fantasma, ni por supuesto la insistencia obcecada del topo, pero cierta sombra recorre el paisaje político argentino desde diciembre de 2015, erizando pieles, produciendo malestar (¿en la cultura?), obvias respuestas irónicas y llamados spinozianos a purgar pasiones tristes y ceñirse a la comprensión. La sorpresa es hija de una filosofía de la historia, que desmiente la inmediata asociación entre política y contingencia –o por lo menos nuestras convicciones políticas hacen tambalear nuestras certezas teóricas– capaz de reemplazar el mito de la revolución por el mito de la democracia pero no una razón histórica igual a sí misma que, como una cinta transportadora, avanza o retrocede. Decía Barthes: ante ciertas reacciones que provoca una obra hay que preguntar qué ha sido herido. Las últimas elecciones presidenciales lastimaron nuestras ilusiones político-democráticas; como el período que transcurre desde la semana santa del 87 hasta la consolidación de la ecuación menemista, ahora el cambio de gobierno anula el sintagma “democracia como democratización” y nos pone –o nos expone– ante la idea de regresión. ¿Hacia dónde? Hacia el autoritarismo. La Argentina de los años centrales del pasado siglo, los golpes de Estado como su condensación simbólica, retorna. El sempiterno proyecto de las elites, cuya acta de fundación es la masiva violencia contra las poblaciones originarias en la llamada campaña del desierto. Se sabe: crimen y apropiación de rentas. Como sugirió Viñas a lo largo de su obra, el suceso marcó la subjetividad de las clases dominantes. Por supuesto, como en el psicoanálisis, lo que retorna nunca es igual a sí mismo; ahora el liberalismo autoritario posee

ribetes democráticos y la economía pastoril goza de tres décadas de transformación productiva y empuje capitalista (segunda revolución de las pampas, la bautizó Hector Huergo, asociando previsiblemente uno y otro momento). Sin embargo, existe un hilo conductor y una persistencia de los históricamente dominantes.

Los riesgos de tales razonamientos son palmarios: el vaciamiento de la historia en nombre de la Historia, la lógica especular que contrapone el derrotero de las clases dominantes con el archipiélago nacional-popular. Rigideces. Las ciencias sociales, a partir de su fundación anti-ensayística o anti-mitológica, intentaron desmenuzar y desarmar la contraposición. O bien matizando, ironizando y revelando la porosidad entre las “dos argentinas”, o bien renunciando a la gran historia para ceñirse a coyunturas singulares, analizando efectos sin atormentarse con preguntas por el origen. En la primera descolló Halperin Donghi y la segunda está detrás de los esbozos, una y otra vez recomenzados, de sembrar una ciencia política. La institucionalización del saber politológico germina ligado a la cuestión democrática y su estabilización; y aunque rechace epidérmicamente la escatología histórica teñida de avances y retrocesos, su saber es una variable dependiente de la validez heurística de la democracia. Entre nosotros, lo anterior consiste en aventar la contaminación autoritaria estableciendo demarcaciones y, en consecuencia, oteando, ora consolidación democrática, en lugar de regresión autoritaria, durante la segunda mitad de los años 90, u ora la novedad de un gobierno de centro-derecha que navega dentro del cauce democrático, y para nada corroe su savia vital; salvo en casos puntuales, identificables también en anteriores gobiernos, o sea: no decisivos. Así, la veracidad politológica se juega en la posibilidad de convivencia conceptual entre derecha y democracia, no en el éxito del actual gobierno, aunque la vulgata que asocia la finalización o eventual continuación de semejante experiencia política como termómetro de salud democrática ancla allí su contenido de verdad, sino en la validez cognoscitiva de investigaciones que conciben nuestra historia política, con sus sentidos sedimentados, como una obstáculo epistemológico que debemos remover para asir la novedad. ¿Cuál? El laboratorio de un nuevo animal político.

Mi trabajo procura interrogar por qué ese laboratorio arriba contaminado. Pretendo sopesar las resistentes bacterias y los intentos de esterilización. Elijo la rispidez de las nociones de derecha y democracia puesto que el modo de vincularlas o abismarlas es el nudo borroneo de nuestra lengua intelectual, elaboración teórica y afectos políticos. El recorrido coagula en los modos de contraposición entre las variantes ontológicas y analíticas de la democracia. Y aunque es inevitable tropezar con caricaturizaciones espero no haber construido hombre de pajas, es decir, jamás abandonar el sentido de la justicia en la lectura, porque, además, y en filigrana, existe la pregunta en torno a ¿cómo discutir?

La fisura entre derecha y democracia, aquellos que la exponen y los que se esfuerzan por evidenciar la novedad de la sutura, arrastran la persistente cuestión de las ideas fuera de lugar. En efecto, instar a concebir el actual gobierno que preside Macri en paralelo, por ejemplo, con el gobierno alemán de Frau Merkel requiere una serie de aclaraciones y prevenciones. ¿Por qué? Por nuestra historia enrevesada o por el carácter inasible de cualquier novedad, podríamos responder de un modo algo perezoso. Y sin embargo, tal respuesta invita a abrirse a la novedad, ser porosos y no aprisionarnos en la autoevidencia que hilvana continuidades atemporales; se sabe: Dictadura 76-83, menemismo y gobierno actual. Todos embadurnados con el sambenito de neoliberal, entendido menos como razón (neoliberal) que como admonición moral. De todas formas, el sugerente aroma nietzscheano de la enfermedad histórica no es llevado hasta el final puesto que apenas persigue una módica estabilización conceptual, afinar el sonido que torne audible la frase derecha democrática sin las intervenciones ruidosas que provienen de las letanías historicistas o las jeremiadas de la militancia político-intelectual. Se trata de producir ciencia purgada del lenguaje del sufrimiento. Pero qué ocurriría si interrogáramos la obligación de aclarar o precisar, la necesidad de deslinde o de arreglo musical para tornar tolerable la asociación entre, resumen, Macri y Merkel.

El fundamental ensayo de Roberto Schwarz calibró la problemática: las ideas fuera de lugar. Escrito contra el irredento nacionalismo intelectual latinoamericano de los años 60 que dicotomizaba realidades en la marcha

de la liberación (Caliban contra Prospero), revelaba desacoples, menos contrastes colosales que pequeñas rasgaduras cuyo transcurrir agrietaba el “cuerpo latinoamericano”. No las venas abiertas de un cuerpo inerme –y su contrario: la insurrección como cauterización–, sino hendiduras que admiten la interrogación, desmenuzan prácticas, coyunturas, antes que extraviarse en el quiénes somos. Esa atribulada pregunta hizo tropezar no pocas historias de las ideas latinoamericanas; por el contrario, el fuera de lugar permitía interrogar sin derrapar lo que en las últimas décadas fue bautizado con tono crítico como “esencialismo”, “sustancialismos”, etc. Por supuesto, todas o cualquier idea –como sugiere Palti en su relectura crítico-reconstructiva²¹⁸– está fuera de lugar, y solo una monumental ingenuidad histórica puede afirmar que en Europa existió o existe una mayor amalgama entre ideas y realidades sociales. La robusta historia intelectual en cuanto lectura crítica y refinamiento de la añeja historia de las ideas evidenció lo anterior, no vale la pena abundar. Y al mismo tiempo, sin duda, las ideas siempre están en su lugar, puesto que de lo contrario, sin arraigo alguno, no podrían ser enunciadas en el espacio social con una minina pretensión de verdad, o, en otros términos, que el significado de las ideas no preexiste a sus condiciones de inteligibilidad. Pero la cuestión no reside allí (la especificidad contextual de los discursos, lenguajes e ideas) sino, antes bien, en la imposibilidad de hallar un lugar, la tierra yerma del concepto. La comparación con el gobierno de Merkel es problemática, menos por la remanida retahíla sobre los abismos entre Europa y América latina (allá sí, acá no, o al revés) que por aquello que se pretende contrabandear: la estabilización de un discurso, claro y distinto. Los desfases son inevitables. Así, la pregunta de Schwarz: ¿las ideas liberales en el Brasil esclavista del siglo XIX estaban fuera de lugar? No puede responderse por sí o por no. Imposibilidad, sostiene Palti, que obliga a desplazar la cuestión hacia una historia de los lenguajes, sus modos de articulación y circulación, que asume el rasgo paradójico de todo enunciado. No seré consecuente con el programa de Palti (una historia de un segundo orden de ideas)²¹⁹, pero sí con el rasgo paradójico de lo

218 Palti, Elias. El tiempo de la política. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007, pp. 259-308.

219 Ibid., p. 306.

político y sus modos de conceptualización. Una amplia gama de estudios reveló la ambivalencia de los conceptos políticos; polivalencia que es, desde ya, polemológica.²²⁰ En rigor: el enlace entre derecha y democracia —o con el concepto plano derecha democrática— está fuera de lugar. Y lo mismo ocurre con los que insisten en desenganchar el lazo negando cualquier vínculo y postulando otra ilación clausewitziana: el gobierno de Macri es la continuación de la dictadura por otros medios. Los primeros privilegian las constricciones del espacio democrático y los segundos la fuerza ideológica encaminada a conquistar la hegemonía. ¿Ni uno ni otro? Mejor: intentaremos sondear las razones en el equívoco y el equívoco en las razones. Sus fuera de lugar.

2. La poliarquia como certeza y oficio

Nuestro politólogo (no tan) imaginario podrá alzar los hombros, sin ser por eso devenir una variante del filisteo alemán —y aunque lo fuera ya no podemos advertirle de te fabula narratur—, y continuar con su *métier* científico guarecido en definiciones, índices y discusiones razonadas, e incluso decirnos, o contra advertirnos, como Settembrini al joven Castrop en *La montaña mágica*: ¡cuidado con las paradojas! Disfrutamos de sus juegos de lenguaje, pero habrá que reconocer su endeblez cuando nos ajustamos a la producción de conocimiento. La cuestión con la ciencia política no es lo que no ve sino lo que ve²²¹.

“El arribo al gobierno nacional de Mauricio Macri expresa una ‘oportunidad histórica’ para una centroderecha modernizante nacida

220 “Todos los conceptos, ideas y palabras políticas poseen un sentido polémico; se formulan con vistas a un antagonismo concreto, están vinculados a una situación concreta (...) y se convierten en abstracciones vacías y fantasmales en cuanto pierde vigencia esa situación”. Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza, 1991, p. 60.

221 Meneo los términos “ciencia política” o “politólogo” sin referirme a la disciplina particular sino a concepciones científicas de la política o que consideran imprescindible estudiarla afilando un discurso del método. En este sentido, los diversos enfoques politológicos, la sociología política, etc, caben en el esbozo. Hay otro modo rápido de calificar produciendo la distinción lefortiana et al. entre la política y lo político; la primera consiste en una operación de conocimiento que busca perimetrar la política y la segunda atañe a los principios generadores de la sociedad. Huelga decir, que está última inclina la balanza de manera ostensible y nuestra intención no es menoscabar el conocimiento politológico sino pespuntuar sus razones.

de las cenizas de la crisis del sistema político argentino, en 2002 (...) En definitiva, PRO primero, Cambiemos a partir de 2015, quieren ser, desde la conducción del Estado, la dirección ético-política de un proyecto modernizador acorde con un ethos empresario flexible e internacionalizado.”²²² Las frases que descarga Vommaro al comienzo de su último trabajo remiten tanto a la sociodicea de los miembros más o menos conspicuos de la actual coalición de gobierno como al conjunto de certezas a las que arribó en una ya extendida investigación. La oportunidad histórica alude a la crucial figura de la novedad. En dos sentidos: la centroderecha gobernante es pragmática y democrática (o gobierna dentro de los márgenes de la legalidad democrática). Se diferencia, entonces, del fuerte sesgo ideológico de las anteriores derechas y de la recurrente tentación autoritaria que la atravesó a lo largo del pasado siglo. El PRO primero, y la coalición Cambiemos después, se ubican en el lado derecho del hemisferio político –a pesar de que sus principales espadas políticas mayoritariamente no se reconocen allí y reniegan de la etiqueta, pero el investigador sabe que debe producir una objetivación distinta al sentido práctico de los actores– con las dos salvedades que constituyen el envoltorio de la primicia. Así, Sergio Morresi sostiene que en PRO, a diferencia de Alsogaray y sus huestes, “la apuesta por la democracia es clara”, y concluye, casi feliz por el fortalecimiento de nuestra joven democracia, que “el surgimiento de PRO resulta una novedad auspiciosa”²²³. Nueva derecha, entonces, como por otra parte rezan algunos títulos de libros y artículos. En consecuencia, el esfuerzo argumentativo recae en revelar los signos de la novedad. La positividad de las adjetivaciones en torno a lo novedoso (con las que Morresi y Natanson son más dádivosos y Vommaro más reticente) proviene de la deuda con la añeja tesis de Torcuato Di Tella que vinculaba las flaquezas del sistema democrático con la debilidad electoral de la derecha política. Y si bien ya no es posible acompañar los presupuestos normativo-teleológicos que tornasolan

222 Vommaro, Gabriel. *La larga marcha de Cambiemos*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017, pp. 11-17.

223 Morresi, Sergio. “El PRO y las relaciones entre la derecha y la democracia en la Argentina”. En Morresi, Sergio y Vommaro, Gabriel (eds). *Hagamos equipo. PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Los Polvorines: Ed. UNGS, 2015, pp. 185 y 201.

la hipótesis ditelliana hay un reenvío, explicitado por los autores, puesto que parece emerger una fuerza política con las características anheladas por el coqueto sociólogo. Ahora bien, para producir evidencia es crucial suscitar el deslinde, trazar una frontera “alfonsinista” entre autoritarismo y democracia al interior de la derecha argentina.

El elemento pragmático insinúa dos cuestiones interconectadas. Evitar constituir un partido ideológico que rápidamente se tope con la disyuntiva entre afincarse en una identidad robusta pero electoralmente testimonial o intentar el clásico “entrismo” en los partidos tradicionales nutriéndolos de cuadros y, sobre todo, de ideas. El PRO nace, es decir organiza su narración y sus marcas identitarias, contra el modelo, digamos para abreviar, UCEDE (o en el juego especular: el de los partidos de izquierda marxista). Lo anterior no indica ausencia de ideología (menos en sentido althusseriano que en la no muy recordada definición arendtiana: lógica de una idea), sino el rasgo común de los partidos políticos mayoritarios, o con aspiraciones a constituirse en tales, que no dudan en subordinar la coherencia ideológica a la apetitosa conquista de la mayoría electoral. Había que sortear la interconexión abismal entre predicar en el desierto o perderse en las telarañas de los partidos tradicionales (sobre todo en la musaraña peronista, especializada en vampirización ideológica); para ello se requiere programar menos la inoculación de ideas que el buceo en los sentidos comunes que colorean el país argentino. El PRO brota de la escucha, y de una muy precisa y singular: las cacerolas que sonaron en diciembre del 2001. El software de esa escucha, el sondeo de emociones y las tesis sobre la sociedad que proyecta, otea un orden posible presuponiendo el desorden presente antes que solazarse en el cacareo reclamante de cambios fundacionales. La escucha interesada, digamos, en la construcción de poder político. Pues bien, el funcionamiento de ese musculo auditivo es pragmático. La complicidad entre los mundos sociales y mundos políticos —el mentado ethos partidario— de la actual elite gobernante ofrece su revés de trama en la fabricación de un hiato, puesto en narraciones morales de despojo y arrojio o en sesudas tecnológicas de humanización y apego, entre los

ucases del jefe y la escucha al vecino. La eficacia de la cesura connota la primacía de una concepción pragmática. Y explica la novedad en la anatomía política de un partido de derecha²²⁴.

Continuar con la exploración anterior implicaría auscultar la convergencia entre la aspiración a una dirección ético-política (para aludir al dictum gramsciano de Vommaro) y los corcoveos banales de la sociedad líquida, con las marcas de plebeyismo que aun perdurar en la trama que llamamos Argentina, en el contexto testeado y deseado del nuevo espíritu del capitalismo. Pero nuestro tema exige calibrar las definiciones conceptuales alrededor de otra convergencia, ya no posible si no cierta: la derecha democrática. O la más aséptica (y algo tibia): gobierno / partido de derecha que cartografía prácticas e impulsa políticas al interior de la legalidad y el mecano democrático.

Una discusión razonada, como reclama Natanson²²⁵, en torno a la pertenencia de las políticas de gobierno (no importa la psicología de los actores aunque si su ethos en cuanto producción de sentidos plausibles de validación social) al espacio democrático supone un acuerdo de condiciones mínimas, un fondo común, o dogmático, alrededor de qué es la democracia y cuándo se sortea su umbral. Un horizonte compartido al que luego se agregará o no densidad política conceptual: un régimen político se define por el conjunto de instituciones y normas que regulan la lucha por el poder. La democracia, entonces, es ante todo un procedimiento de selección de gobernantes y ejercicio del poder. Es el momento político de la ciencia política, o su política de la lengua. Confianza en la razón pública y, en el extremo, en la siguiente variante: si todos fuéramos racionales, no habría conflicto alguno. Es decir: si pudiéramos prescindir del impresionismo interpretativo y

224 Ver los trabajos de Rocio Annunziata en torno a las paradojas de la proximidad, cuyos rasgos definen las prácticas políticas contemporáneas y su creciente disonancia respecto a las formas consagradas de la representación. Se advierte en la noción de representación de proximidad; ovillo de paradojas que la autora va deshilvanando. Cito este, en colaboración con Matias Landau: "¿Qué hay de nuevo en el timbreo?". En www.revistaanfibia.com/ensayo (agosto 2018).

225 Natanson, José. ¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha. Buenos Aires: Siglo XX, 2018, p. 121.

sus inevitables desvaríos. Por eso, Natanson, en la respuesta a sus críticos, se alegra cuando alguien, ¡por fin!, incorpora datos²²⁶. Las controversias sobre la democracia sin usos prudentes de la razón pública y buenas dosis de evidencia empírica derivan en una confusión inextricable; en producción de idiolectos, lenguas de cenáculo o directamente jerigonzas; chispeante y atractiva cuando la pronuncia Horacio González y grotesca cuando la vocifera Ricardo Forster. En suma, a partir de tales requisitos las definiciones de la democracia, puesto que (se) obligan a una máxima neutralización de la lengua, son siempre mínimas. Condiciones de inteligibilidad, clarificación conceptual y evidencia contrastable –shibboleth que permite demarcar los procedimientos científicos del interpretacionismo, que no se le niega a nadie puesto que allí “somos todos peronistas”– que organizan los parámetros indispensables para una discusión razonada. Sin embargo, los que promueven un necesario discurso del método para asir la democracia admiten, sin duda, la inherencia conflictiva de la sociedad, los sedimentos de sentido que estructuran las percepciones sociales, e incluso la fragilidad de las acciones tendientes a otorgar racionalidad a la discrepancia. Pero no en el campo de la ciencia. Subsiste cierta desconfianza para con los poderes de la retórica²²⁷, las trompetas de la sedición según Hobbes, de origen contractualista y común al razonar claro y distinto –es el hilo tendido entre la concepción ilustrada y rousseauniana de la democracia y las teorizaciones politológicas contemporáneas desde el inaugural Schumpeter, a pesar de que la segunda concibe su certeza en ruptura con la primera–. Así, la definición de democracia se vinculó a los contenidos proposicionales antes que a la persuasión retórica. Sus efectos ilocucionarios provienen de la pericia del investigador para recrear la asociación moderna entre producción científica y neutralización de la lengua. Es lo que se pone en juego en la hipótesis de la derecha democrática.

De todas formas, su fuerza y rigor se asientan en una obsolescencia. El marxismo, que quiso ser una ciencia antes que una retórica, acuñó la

226 Ibid., p. 115.

227 “Un debate serio exige dejar de lado los trucos retóricos”, ruega Natanson. Ibid., p. 121.

categoría de democracia burguesa, que permitía aceptar la demarcación politológica agregándole el menoscabo particularista. Se reconocía el linde entre democracia y autoritarismo sin dejar de invocar el corsé capitalista que agujerea, o fetichiza, cualquier sustancialidad democrática. El universalismo de la mercancía acotaba la vida democrática o la reducía a su aspecto formal. Así, dentro de la koiné cultural marxista el triunfo electoral del Cambiemos no supone mayores desafíos conceptuales, es la novedad de la no novedad (como sostuvo Grüner respecto a la relación original entre la web y la industria cultural). El punto es que dicho enjambre cultural estalló en pedazos. La añeja categoría marxiana ya no puede atravesar el scanner de la vigente aduana de saberes. El macrismo, definido por Horacio González, como “dictadura capitalista constitucional limitada” (o las metonimias políticas que explora Rocco Carbone para pensar la relación de contigüidad entre la racionalidad mafiosa y la de la Alianza-Cambiemos; el sottogoverno emergiendo a la superficie, punta de iceberg pero condensación de sentidos), acaso revele menos del macrismo que la orfandad que provocó la debacle de la teoría política de raigambre marxista. Para Natanson es un ejemplo de truco retórico, o al menos no es operacional de acuerdo al adjetivo usado por Morresi para descartar opciones conceptuales demasiado recargadas o no suficientemente discernibles, un retruécano incapaz de ilustrarnos en torno a los umbrales entre la democracia y el autoritarismo. En efecto, las cabriolas dialécticas de los restos dispersos de la tradición intelectual de izquierda ya habían sido impugnadas por Claude Lefort, quien sin embargo no se priva de menoscabar a la ciencia política ponderando la primacía filosófica de lo político, a comienzos de los años 80, cuando sostenía que la llamada revolución conservadora liderada por Thatcher y Reagen no astillaba el régimen democrático o cuando enfatizaba la diferencia entre las dictaduras sudamericanas y el totalitarismo soviético, que la izquierda europea con mala fe confundía. Pinochet en Chile y Jaruzelski en Polonia, aunque militares y putchistas exitosos no responden al mismo tipo de régimen ni en sus pretensiones ni en su argamasa vital. La mayor amenaza proviene del segundo puesto que alienta un modelo general de existencia, contracara universal de la democracia. Así, el thatcherismo permanecía dentro de la frontera democrática, aunque afectara las

condiciones sociales de reproducción de la existencia común, porque el poder, la ley y el saber no habían iniciado su camino de unificación, es decir, la política conservadora podía ser crítica en el espacio público, en la prensa, y la posibilidad de derrotarla electoralmente y revertir sus mandobles permanecía abierta. Argumentaciones como las de Lefort, que seguramente muchos otros cortejaron durante el crepúsculo del comunismo y la elevación de la democracia a dimensión universal, son ahora movilizadas para destacar las incongruencias de aquellos que dudan de la coexistencia de gobiernos de derecha y pulso democrático. Las izquierdas en el siglo XXI buscan nombres, rehusándose a aceptar aquellos que la despotencian aún más. Nombrar no es fácil, dice Horacio González, maestro de los nombres. Insistir en el arrojo produce, en efecto, torsiones, que pueden suscitar malhumor o sorna, y sobre todo la percepción de que el argumento no avanza, puesto que en verdad no hay tal. En cambio, las razones politológicas progresan en consonancia con los sentidos dominantes de la época: el linde entre democracia y autoritarismo, aunque expuestos con el imprescindible distanciamiento, o reflexividad, que exige el saber científico. No hay mayor dificultad en nombrar puesto que los conceptos emergen de la confluencia entre la evidencia empírica y las tradiciones intelectuales. Se organiza un plexo de significaciones que ofrecen parámetros de inteligibilidad e hipótesis al interior de carriles contrastables. Y funciona. En rigor: el derrumbe político-epistémico del marxismo y la eficaz neutralización de la lengua retórica le permiten a los cultores de la ciencia política auto-ubicados en la franja izquierda del espectro ideológico, exponer sus razones en torno a la novedad macrista e incluso animarse a ponderar modos de disputarle el corazón de las mayorías sociales.

3. Condiciones

El juego de pases, con sus rispideces y rugosidades, entre los mundos sociales de pertenencia y la lógica específica del espacio político que estudia con precisión la sociología política de las elites, permite ensanchar el ángulo de toma hacia la añeja cuestión de las condiciones sociales de la democracia. Desde por lo menos la clásica investigación

de Barrington Moore alrededor de los orígenes sociales de la dictadura y la democracia subsiste la pregunta por el armazón social que acota o no el panorama de la vida democrática²²⁸. Gino Germani rondó la problemática en sus últimos trabajos, cada vez más distanciados de la tesis señera de la modernización.²²⁹ Las decisivas transformaciones del capitalismo en las últimas décadas dieron pábulo para una reinterrogación del problema teniendo en cuenta la modificación radical de las condiciones sociales que habían estructurado la percepción en torno a la comunión entre régimen democrático y Estado de bienestar, o, para decirlo de modo menos europeo, sociedad salarial y Estado interventor. Así, los estudios sobre la nueva derecha ligan la plausibilidad de su emergencia a la efectiva transformación de la vida social, que nos permitimos sintetizar bajo el paraguas conceptual del nuevo espíritu del capitalismo. La nueva derecha es, a la vez, efecto y promoción de esos cambios. El reconocimiento de esa realidad social renovada y el deseo de profundizar su sendero.

Ahora bien, existe toda una gama de estudios que indagan la corrosión de la vida democrática a raíz de las vertiginosas transformaciones del capitalismo contemporáneo que alteran sustancialmente las motivaciones actitudinales tendientes a sostener lo común democrático. El triunfo de la ideología emprendedorista, la promoción de la flexibilidad, el ethos empresario como modelo social general, minan los históricos lazos de solidaridad social y los bienes colectivos que constituyen el plafón de los modernos regímenes democráticos. No voy a abundar en una temática que ya cuenta con un denso recorrido; quiero destacar, en cambio, que las ciencias sociales dedicadas a examinar el nuevo animal político que gobierna la Argentina destacan su ligazón, testada y alabada, con la subjetividad que moldea el capitalismo contemporáneo, sin que dicha concatenación revele incongruencia alguna con la democracia. Por el contrario, la

228 Moore, Barrington. *Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia*. Barcelona: Península, 1990.

229 Germani, Gino. "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna". *Crítica y utopía* N°1, 1979, pp. 25-63.

reciente investigación coordinada por Ezequiel Ipar y Gisela Catanzaro intenta enraizar en el “caso Argentino” una de las preguntas cruciales de las ciencias sociales contemporáneas: el creciente hiato entre las ideologías dominantes del capitalismo emprendedor y las condiciones subjetivas y socio-simbólicas de la vida democrática²³⁰. Retomando la perspectiva de la crítica de la ideología y remozando el inspirador estudio dirigido por Adorno sobre la personalidad autoritaria, la investigación rastrea la napa profunda de una subjetividad anti-democrática en expansión, que, al mismo tiempo, alimenta la fuerza electoral de Pro primero y Cambiemos después, y pone en entredicho el horizonte democrático de la sociedad. El estudio radicado en la Ciudad de Buenos Aires en un momento álgido de polarización política (2013-2015), que, según concluye Vommaro motivó una potente movilización “desde arriba” y funcionó como argamasa ideológica justificadora del “salto a la política”, adquiere envergadura para reflexionar sobre el vínculo entre derecha y democracia. Al lector corresponde juzgar la pertinencia de la investigación. Sin duda, connota otra noción de democracia: la democracia como forma de sociedad o el régimen político, menos como conjunto de reglas y procedimientos que como la savia de la vida común. Así, Ipar y Catanzaro son sensibles a la corrosión de las condiciones subjetivas que tornan viable la democracia –aquello que en la tradición republicana se conoce como virtud–, o que evitan que las instituciones democráticas o el espacio público sean mera fachada o la orquestación farsesca de posiciones cristalizadas que aprovecha la desigual distribución del poder simbólico y material que circula por la sociedad. No fabulan continuidades entre la dictadura y el macrismo ni recuperan el concepto de democracia burguesa, destacan, más bien, una complicidad ideológica. Del estudio de las subjetividades anti-democráticas se deduce la validez de interrogar las condiciones sociales de la democracia; puesto que, de lo contrario –estos es: definir el régimen democrático sin remitir a su modo de enraizamiento societal–

230 Ipar, Ezequiel y Catanzaro, Gisela (comps). La subjetividad anti-democrática. Elementos para la crítica de las ideologías contemporáneas. Buenos Aires: Documentos de trabajo N° 76, Instituto Gino Germani, 2016.

queda vedada una zona de la interpelación política cuyo horizonte carcome la vida pública. Franja del análisis y la reflexión que trasluce mejor la crítica de la ideología antes que la sociología interpretativa (a veces demasiado dadivosa con los actores). En las palabras de los autores, referidas al macrismo y sus intérpretes:

La interpretación de dicho proyecto en todas sus implicancias reclama, sin duda, el estudio de nuevas torsiones en el campo político. Sin embargo, tenemos que analizar estas transformaciones sin perder de vista esa dimensión social más densa y amasada en la larga duración a la que nos hemos referido recuperando el concepto de autoritarismo social. (...)El legítimo impulso a comprender cómo es que el nuevo neoliberalismo –lejos de limitarse a una pura “racionalidad” sistémica– *hace* política, requiere de un realismo complejo (...) Requiere, en síntesis, de una perspectiva crítica que se vuelva capaz de pensar y conceptualizar los modos en que hoy se combinan las promesas pragmáticas de felicidad ilimitada con reinterpretaciones de un autoritarismo social más o menos inconsciente²³¹.

4. Vidas

Hay, por lo menos, tres maneras de pensar la señalada larga duración. La primera refiere al liberalismo autoritario, la segunda indaga la pluralidad de sentidos que emergen de la inmigración como pieza medular de la identidad argentina y la tercera abreva en el entrevero paradójico que brota del triunfo de la democracia y la derrota de los movimientos revolucionarios.

Es posible ondular líneas volcánicas al interior de la historia argentina. El sintagma que podemos arropar bajo liberalismo autoritario remite tanto a los explícitos gobiernos autoritarios surgidos de los golpes de Estado como a la discursividad del ordenamiento y el disciplinamiento social que perfora el umbral entre democracia y

231 Ipar, Ezequiel y Catanzaro, Gisela. “Nueva derecha y autoritarismo social”. En www.revistaanfibia.com/ensayo (agosto 2018).

autoritarismo. Existe cierta sincronía entre la temporalidad del golpe y la de la corrida cambiaria, cuyos efectos paralizantes buscan suplirse con una pedagogía del orden que describe el momento anterior como fuente de desorden, ingobernabilidad, populismo, en fin... El rasgo medular del liberalismo autoritario es legitimar un reordenamiento social, producir una hendidura (el golpe, la corrida) que torne plausible –aceptable socialmente o incluso que la “sociedad” lo desee– el proceso de reorganización. El problema, sin duda, es la recurrencia de ese proceso o su incapacidad para durar. Que aguijonea, por su parte, la tozudez explicativa alrededor del péndulo o del empate hegemónico, en versiones levemente aggiornadas, à la page. Los gobiernos, que para fundar consideran imprescindible reordenar, equilibrar variables, apelan, abren la tranquera, del autoritarismo social. Elemento que anida en el fondo de las sociedades modernas como resto inasible, el “inconsciente fascista”, cuyo clamor explícito exige el restablecimiento de las jerarquías. A lo largo del siglo XX la teoría política y social se hizo la atronadora pregunta: ¿por qué las masas populares desearon el fascismo? Las múltiples respuestas importan menos que la posibilidad misma de un deseo semejante. La exploración de la zona novedosa de la actual fuerza gobernante debe incorporar la pregunta por la habilitación del deseo fascista o el esfuerzo por recostarse en el pregnante autoritarismo social que ofrece garantías de legitimidad para las políticas de reordenamiento y, al mismo tiempo, corroe las condiciones de la vida democrática.

En segundo lugar, la apelación al jano de la Argentina aluvial como fuente de legitimidad de una derecha democrática, esto es, el rasgo plebeyo asociado a cierto individualismo, más o menos cualumquista, que explica la movilidad social ascendente como producto del esfuerzo y el mérito individual, sin considerar los contextos sociales que lo tornaron viable, en fin: la forja de una identidad de clase media blanca, o emblanquecida, políticamente anti-peronista y socialmente meritocrática. Según Natanson, Vommaro et al. Cambiemos toca esa cuerda que abriga uno de los mitos fundantes de la identidad argentina como país de clases medias. Rasgo janico, o en disputa, puesto que la

Argentina aluvial contiene e impulsa, también, el aluvión zoológico. La derecha democrática recrea las tesis de la modernización: sin peronismo y sin dictadura. La divisoria politológica entre democracia y autoritarismo reenvía a la frontera alfonsinista que establece una complicidad sutil entre populismo y dictadura; por eso el fin de la dictadura o el populismo exige la reconversión república del peronismo. Purgar el hecho maldito para consolidar la democracia. Así, el problema de hundir la identidad de Cambiemos en una de las caras de la larga historia inmigratoria, cuyo fondo individualista y plebeyo es sustrato social tornasolante de una derecha democrática, omite el enjambre entre anti-peronismo y autoritarismo social²³², o, en otros términos, propaga, como vector político ineludible, el minimalismo democrático cuya intelección resulta de la ciencia política.

En tercer lugar, la democracia que renace o retorna tras las elecciones de 1983 es entenada de una masacre y de una derrota política decisiva. Según Los espantos, estética y postdictadura²³³ – incisivo ensayo de Silvia Schwarzböck –, el significado de la democracia es la no verdad –opinión, disenso, perspectivismo, discurso–, cuya emergencia denota la aniquilación de la vida verdadera (la vida revolucionaria, de izquierda), transmutada, para peor, en victoria. Así, la verdad se guarece en la ficción (de la memoria, el retorno o la discursividad). Incapaz de volverse políticamente decible o de hallar un correlato revolucionario, la cultura es mercancía, equivalente abstracto, tolerado y respetado. La democracia no es resultado del triunfo de ésta sobre la dictadura sino fruto de la derrota de la vida verdadera a manos de la dictadura. Pero el nudo, ya muy intrincado, se enreda aún más cuando se observa lo siguiente: los que vencieron callan, simulan derrota, y los que fueron brutalmente vencidos hablan, escriben la historia, simulan victoria. Y bien, si hay algún resquicio para la verdad, tras el exterminio de la vida revolucionaria, éste sólo podrá traslucirse en la estética, en una estética de los espantos. La

232 Ver Adamovsky, Ezequiel. Historia de la clase media en la Argentina, Buenos Aires: Booket, 2015, pp. 373-380.

233 Schwarzböck, Silvia. Los espantos. Estética y dictadura, Buenos Aires: Cuarenta ríos, 2015.

verdad, en sentido adorniano, como lo no idéntico ya no es politizable (con la salvedad, para nada menor, del movimiento de mujeres en curso). La imposibilidad de postular otra vida impide definir a la democracia con otros atributos que su sí-mismo. Su horizonte insuperable clausura la historia o consagra el “socialdemocratismo”: la necesidad de reformas acordadas. Pero, a su vez, la democracia, o ahora la derecha democrática, debe legitimarse como contracara de la dictadura, y para ello, para que se note el contraste, “y en el contraste no se hable de postdictadura, sino de democracia, a la palabra democracia no puede agregársele ningún adjetivo descalificativo: ni formal, ni burguesa, ni liberal”²³⁴. Desde el período de la transición hasta hoy, la democracia argentina es vitalista. Eleva el concepto de vida como barrera infranqueable (aunque varias veces haya sido franqueada pero sin ahorrarse el sonsonete del escándalo) frente a la muerte. Así, la vida de izquierda, que consideraba la existencia en el arrojo –según la lectura kojéviana de Hegel: la posibilidad de arriesgar la vida es lo que distingue lo humano de lo animal, no solo el saberse mortal sino el ser capaz de poner en juego la zoé en pos de un bios superior–, ahora solo puede ser entrevista en su faceta cristológica; resabio teológico que desentona frente al vitalismo democrático. El problema es que la única vida que puede rehabilitar la democracia es la vida de derecha. En rigor, ya no es factible adjetivar a la democracia como burguesa porque, tras los campos de concentración, la crítica del joven Marx a los derechos humanos como derechos abstractos del burgués solo es pronunciable dentro del aula universitaria. El triunfo cultural de la izquierda, al interior del salón literario o en las infinitas modulaciones de los ex que memoran, encuentra su correlato en la aceptación de la vida de derecha como la única posible; esto es: dentro de ella todas las reformas o distribuciones del ingreso son plausibles a condición de no impulsar a la democracia más allá de su sustrato vital: el ser, ante todo, postdictadura.

234 Ibid., p. 96.

En suma, la conceptualización novedosa de una derecha democrática no puede obviar el correlato medular entre democracia postdictatorial y vida de derecha. Cuando queda tabicado cualquier atisbo de superación de nuestra propia cultura, lenguaje o instituciones, se crean las condiciones para la expansión sin límites del liberalismo, que se vuelve pragmático y relativista. El escenario democrático, el reino espectacularizado donde todas las opiniones son válidas y valen lo mismo, consagra a la derecha, que ya no requiere usufructuar ningún ismo –puede, llegado el caso, instrumentar los ismos populares– puesto que se confunde con la vida misma, como la T.V., (o con la vida sin el fantasma del comunismo). Los políticos, medios y académicos comparten la misma razón burocrática para inteligir la democracia cuyo rasgo distintivo, que se deduce a reglón seguido de la frontera entre la vida y la muerte, es el voto. De todas formas: “por su representatividad traducida en números, porcentajes y estadísticas, el voto convierte a la política en dependiente de saberes que miden a los hombres con técnicas de mercado, empezando por las encuestas. Por el voto, la política sacrifica su autonomía para subordinarse a la parte métrica de las ciencias sociales”²³⁵. Las políticas de emancipación tonificaban una relación irrepresentable con el pueblo; en cambio, la vida derecha en democracia es representable, datable, coincidente con la verdad politológica –la ciencia de la democracia–, que es, en rigor, no verdad.

5. Epílogo

Oscar Masotta se dirigió, en un magistral ensayo político²³⁶, imaginariamente a las masas peronistas que quemaban iglesias para advertirles que tenían razón, pero que estaban equivocadas en su manera de tener razón. Notable torsión retórica: se podía tener razón en el plano de la historia, en la ferocidad que anida en el entramado de relaciones sociales, incluso en la legitimidad política del recurso a la violencia para acabar con la dominación, y sin embargo

235 Ibid., p. 93.

236 Masotta, Oscar. “Sur o el antiperonismo colonialista”. En *Conciencia y estructura*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010, p. 185.

equivocarse, chingar, en el aspecto concreto de la acción, puesto que las consecuencias no deseadas de la acción –y todo acción incuba esa objetividad desviada– podían volverse contra los propósitos medulares de las masas populares peronistas. Exhortación que puede invertirse puesto que existe una manera de tener razón en un marco de equivocación.

La contemporaneidad de los sucesos, aquello que acontece mientras pensamos cómo acontece, es siempre huidiza, medrosa (la pecaminosidad del presente en la estela romántica); por eso tendemos a apostar por la circunspección o por el arrojito, tentando la a menudo infructuosa vía del mezo. Pero lo contemporáneo es lo intempestivo. Hay que pensar al filo de la indeterminación. Así, se impone situar al actual gobierno de Cambiemos en el ajuar de las fuerzas contrastantes que organizan la trama de sentidos de las últimas décadas políticas. El consenso, más o menos extendido, en torno a su ubicación en el clivaje topológico del espacio político, derecha o centroderecha, deviene polemológico cuando agregamos el otro polo, univesalizante. Añado que la postulación de clivajes alternativos como el de república y populismo no puede admitir mayores consideraciones. Si bien el término populismo gozó de un indudable carácter reactivo, aglutinante; la apelación a la república hunde su semántica en la tradicional discursividad de las elites dominantes en la época de la rebelión de las masas. Tomando con mínima seriedad las sesudas argumentaciones de Andrés Rosler²³⁷ es inhallable cualquier atisbo de republicanismismo en Cambiemos. Ni República posible ni verdadera, para jugar con la fórmula alberdiana, puesto que es directamente anodino encontrar la libertad como no dominación, elogios de las virtudes públicas, el reconocimiento del conflicto como rasgo ineludible de lo político, la defensa de la patria –Pro patria pugna, Dulce et decorum est pro patria mori– en cuanto comunidad política libre y la oposición ineludible al cesarismo, que, cuando se agita, el cacareo anti-populista, es menos filipina que argucia para fomentar un cesarismo de mercado. En fin,

237 Rosler, Andrés. Razones públicas. Seis conceptos básicos sobre la república, Buenos Aires: Katz, 2016.

las investigaciones mostraron la pertenencia de Pro y Cambiemos a la derecha política, que Vommaro y Morresi califican de orleanista²³⁸. Como decía, la polémica estalla en otro lugar.

No indagué la ciencia política *sensu stricto*, que, evidentemente, es diversa y dispersa, antes bien, oteé la retórica que le permite discernir, al unísono, la ciencia de la opinión y la democracia del autoritarismo. Los criterios (políticos) que organizan las condiciones perceptivas de inteligibilidad. En este plano, no hay dudas que la acción gubernamental de Cambiemos debe evaluarse al interior de las reglas de la vida democrática. O porque el gobierno efectivamente expresa una novedosa derecha democrática, o porque el marco democrático (elecciones periódicas, márgenes de independencia de los poderes públicos, legitimidad de los actores que pugnan, protestas sociales) restringe las posibilidades políticas y, sobre todo, las tonifica de un modo inconmensurable respecto a los diseños espacio-temporales del autoritarismo, o de nuestras dictaduras de antaño. Así, importa menos que Cambiemos sea una fuerza de convicciones democráticas que sus políticas deban regirse por la legalidad y legitimidad democrática cuya labilidad no es óbice para confundirla con el autoritarismo. A fin de cuentas, el “o bien, o bien” anterior es inconducente, o no operativo, puesto que lo relevante es menos el rasgo democrático de la derecha, en sentido axiológico digamos, que la obligación (el francés *contrainte* acaso lo exprese mejor) de actuar dentro de los márgenes que nos regulan desde 1983. Obligación indiscernible de la elección de construir una fuerza política de vocación mayoritaria. Así las cosas, la cuestión es siempre la definición de democracia. Momento retórico-político que señala el linde y permite que la ciencia comience. Aceptada la frontera

238 La derecha orleanista “se caracteriza por pendular entre los valores liberales y conservadores que se ven reunidos alrededor de las nociones de moderación, seguridad y tradición. Justamente por ello, la derecha orleanista, aunque no aborrece los cambios sociales, los acepta solo de modo gradual y tutelado mostrando escepticismo ante los avances de actores que trastocan el orden establecido desde abajo, pero aceptando las transformaciones de envergadura cuando son impulsadas desde arriba”. Vommaro, Morresi, *op. cit.*, pp. 169-70. La frase en su afán teórico-político e histórico-conceptual es vórtice comprensivo de la entonación gradualista, que el gobierno hizo sonar como armonía concatenada, sin atajos, y securitizadas por la negociación –ahora con el FMI–, hacia la modernización.

y los criterios politológicos de intelección, no hay mayores dudas en torno a la isonomía entre una fuerza política que alcanza el poder por la vía electoral, dejando incólume el mecanismo que la condujo hasta allí y que también podrá despojarlo de él y los espacios de contestación que acotan o incluso minan la legitimidad de sus políticas, y los principios básicos de las democracias contemporáneas (acceso electoral al gobierno y regulación espacio-temporal en el ejercicio del poder). Ahora bien, es obvio que la definición conceptual de democracia no proviene de un juicio determinante (subsunción de un particular a una ley universal) sino que es, ante todo, un juicio reflexionante (creación de universalidad desde la particularidad). Retomo la distinción kantiana para sugerir que la discusión transcurre en superficie de la reflexión política, donde acaso cohabiten la razón y la equivocación. En otras palabras, en la disonancia entre el convencimiento y la persuasión. La ciencia pretende convencer mediante argumentos y presupone sujetos racionales capaces de comprender y aceptar el vigor demostrativo. Los fenómenos son “interesantes” o “significativos”, y eso basta. La persuasión supone la “retoricidad” del lenguaje, esto es, anida en la argumentación, como su pliegue interior, la incitación o sugestión. Quiere convencernos de lo mejor. Por supuesto que no existe linealidad en la distinción, pero es palpable la diferencia entre la definición politológica de democracia (que cotejamos con Natanson) y las propuestas filosóficas en torno a una ontología de la democracia: comunidad de iguales, sin nombre, propiedad o identidad, que irrumpe, manifiesta su desacuerdo de modo fugaz; multitud huraña a la captura representativa. Enlazada a las nociones de acontecimiento y diferencia, o la hendidura entre la política y lo político, la palabra democracia abisma su sentido respecto a cualquier estandarización conceptual u horizonte compartido de intelección. En suma, mientras unos observan lo evidente, los otros no pueden digerir que la riqueza político-conceptual que guarda el término pueda colgarse sin más a semejante coalición gubernamental. Derrota semántica indisociable de la claudicación política. Pero el politólogo, otra vez, se alza de hombros: ¿y yo que puedo hacer?

El problema no es la discrepancia sino la inaudibilidad. Y puesto que nos encontramos en el campo del juicio reflexionante no hay posibilidad de recurrir al *Deus ex machina* de lo universal. La serie de argumentaciones que le permiten a la ciencia política hallar un criterio de reconocimiento de lo democrático exige menos un recorte mutilador o un empobrecimiento intelectual que la neutralización de la lengua (el no juicio) cuyo efecto es exiliarla de cualquier relevancia política. Escatima la dimensión de crítica política que cobija la lengua y tiende a producir un lenguaje heterónimo, donde lo correcto nunca puede ser polémico, es decir, no puede aspirar a ser políticamente significativo. Al contrario, la teoría política de la democracia arrastra el exceso de significación. Atiborrada de retruécanos, tiende a encapsularse en una neolengua que nombra a una democracia tan distante de la percepción de los actores sociales y tribus políticas que roza lo ininteligible. De todas formas, un bucle sugerente dentro de semejante oscilación semántica radica en la disputa por el agregado del prefijo “post”. ¿A “dictadura” o a “democracia”? Vivimos la época de la postdictadura –acaso parcialmente interrumpida por los efluvios del “2001” o los momentos mítico-poéticos del kirchnerismo– cuyo régimen de signos consagra la vida de derecha, o habitamos una coyuntura postdemocrática que despliega antro-po-técnicas sitiadoras de la autonomía popular. En ambos casos la democracia es metonímicamente desplazada. En el primero puesto que asociada con la revolución y su derrota (“la democracia de la derrota” es menos democracia que postdictadura), nombrarla es nombrar otro sentido; se trata, más bien, de indagar el régimen de gubernamentalidad tras el período de terror sin nublarse con palabras que guardan un elemento utópico, que ya no es traducible políticamente. En el segundo, por el contrario, se pretende conservar dicho elemento, lo otro en lo mismo, como escucha mesiánica, si se quiere, capaz de reunir voluntades dispersas; la irrupción de lo político. Y, a su vez, las subjetividades anti-democráticas que pesquisan Ipar y Catanzaro, descubren su grilla de sentido en la postdictadura o en la postdemocracia o son el hilo que sutura desplazando. En cualquier caso, la eternización del prefijo, que, gracias a su polisemia, antes

tendía a señalar una bisagra, un punto de fractura, y ahora, por el contrario, marca una estructura de larga duración, una temporalidad cuya comprensión admite cada vez menos clivajes conocidos y palabras magas. Lo “Post” sin más, nombra menos una época de decadencia (no hay épocas de decadencia, dijo bien Benjamin) que un territorio a explorar, fuera de lugar, acaso ya sin el auxilio del topos político heredado: la Polis.

La cuestión, precisamente, reside en el obstáculo político-semántico en torno a la democracia. Y no se trata de conformarse con el llamado a pensar al interior de la trabazón, puesto que probablemente debamos oír el pronunciado desfonde de un mito político. Si el 2001 marcó el fin de la dictadura, probablemente también arrastró a su antagónico parteneire. Pero no pudimos advertirlo puesto que nos dedicamos a ampliar la semántica democrática (más allá de la representación) y rápidamente presenciamos su recalibración bajo una de sus fuerzas políticas emergentes sin percibir al otro emergente, que luego iba a coagular la operación conjuntiva que signa el acabamiento histórico de la contraposición. En este sentido, quizás lo que sucede, antes nosotros, no pueda asirse con la palabra democracia, ni en su aspecto mínimo ni en su frontera con la dictadura ni tampoco en la denuncia del carácter autoritario del gobierno que nos reserva, en el revés de trama, nuestra pureza práctico-democrática. El borramiento es masivo –basta indagar las dificultades en la zona nacional-popular para cartografiar lo que acontece en Venezuela, hic et nunc, los rasgos de su régimen político (¿es democracia o dictadura?), cómo en general se asume la langue de bois del antiimperialismo latinoamericano– y connota el cierre o el tono que hace resonar el tempo europeo del fin. No me refiero, por supuesto, al avance populista o autoritario que socava el consenso liberal-democrático, ante bien, aludo al requiem de una historia que habíamos estructurado en el contraste entre democracia y dictadura. No hubo consolidación ni modernización (puede haberlas como su singular efecto virtuoso), sobrevino la disolución de la frontera –o la excepción devino regla, para aludir a la centellante tesis benjamiana sin duda medular para inteligir el régimen político de nuestro tiempo

cuya zona de indistinción, sintomática del borramiento, abisma los ademanes poliárquicos frente a fenómenos como el de Bolsonaro—, que torna inocuo el recorte politológico e ineficaz la apelación salvaje a la democracia como retorno espectral. Y concluyo con Schwarzböck: no habitamos el tiempo político de los espectros sino el de los espantos.

Bibliografía

- Adamovsky, Ezequiel. Historia de la clase media en la Argentina, Buenos Aires: Booket, 2015.
- Anunziatta, Rocio y Landau, Matias. “¿Qué hay de nuevo en el timbreo?”. En www.revistaanfibia.com/ensayo (agosto 2018).
- Germani, Gino. “Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna”. Crítica y utopía N°1, 1979.
- Ipar, Ezequiel y Catanzaro, Gisela (comps). La subjetividad anti-democrática. Elementos para la crítica de las ideologías contemporáneas. Buenos Aires: Documentos de trabajo N° 76, Instituto Gino Germani, 2016.
- Masotta, Oscar. “Sur o el antiperonismo colonialista”. En Conciencia y estructura. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2010.
- Moore, Barrington. Los orígenes sociales de la dictadura y la democracia. Barcelona: Península, 1990.
- Morresi, Sergio. “El PRO y las relaciones entre la derecha y la democracia en la Argentina”. En Morresi, Sergio y Vommaro, Gabriel (eds). Hagamos equipo. PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina. Los Polvorines: Ed. UNGS, 2015.
- Natanson, José. ¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de una nueva derecha. Buenos Aires: Siglo XX, 2018.
- Palti, Elias. El tiempo de la política. Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Rosler, Andrés. Razones públicas. Seis conceptos básicos sobre la república, Buenos Aires: Katz, 2016.
- Schmitt, Carl. El concepto de lo político. Madrid: Alianza, 1991.
- Schwarzböck, Silvia. Los espantos. Estética y dictadura, Buenos Aires: Cuarenta ríos, 2015.
- Vommaro, Gabriel. La larga marcha de Cambiemos. Buenos Aires: Siglo XXI, 2017.